

Grisel Parera. Cuba. Educatora Social.



Grisel cumplió tres años el pasado jueves. No, no es su edad (se declara tan coqueta que no la revelaría nunca), es el tiempo que lleva en España. Desde entonces ha conseguido labrarse un presente que le hace muy feliz. Lejos quedan ya aquellos años de represión en Cuba que tanto le hicieron sufrir y que precipitaron su salida de una isla que nunca pensó abandonar. Pero lo hizo aprovechando que uno de sus hermanos estaba viviendo en Suecia. Allí estuvo un tiempo, hasta que decidió visitar a unos familiares que vivían en la capital española. "Nada más aterrizar en Barajas me sedujo la

"Indocumentada, con pasaporte cubano y visa sueca, conocí, por primera vez, las Casas Colgadas"

forma de hablar de los españoles, tanto la entonación de las palabras como los vocablos que utilizan. A los quince días de estar en España ya me había enamorado de esta tierra". Así que, como consecuencia de este amor a primera vista, Grisel decidió que su futuro estaba en la piel de toro.

Llegó a Cuenca para cuidar de un matrimonio mayor. Indocumentada, con pasaporte cubano y visa sueca, conoció, por primera vez, las Casas Colgadas, "me quedé sorprendida. Estuve en muchos sitios pero como Cuenca, nada. Es diferente a cualquier otra ciudad que haya en el mundo". Hoy, tres años después, ya ha hecho suya la ciudad, pero también su cultura, su gastronomía, sus tradiciones y costumbres. De momento ya ha ido a recoger setas, ha comido caracoles ("algo impensable", declara), y tiene como asignatura pendiente "la recolección de espárragos". Pero además ha viajado por todas las comarcas, enamorándose del paisaje lunar de las tierras alcarreñas, y reencontrándose con dos grandes amigos, Quijote y Sancho, en la comarca manchega. Este último capítulo mere

ce mención a parte puesto que para una Licenciada en Literatura como ella, la figura de El Quijote tiene especial relevancia, "cuando lei lo de 'en un lugar de la Mancha' aquello parecía una cosa muy lejana, de ficción, pero cuando llegué aquí y tuve la posibilidad de dejarme guiar por esos molinos de viento manchegos en esa historia, fue algo muy emocionante".

Ser un expatriado cubano, como Grisel, conlleva perderlo todo -"hasta la casa que tenía". El que sale de

la isla ya no tiene ningún derecho en ella. Lo único que le queda allí es su hijo, lo que más echa de menos de su país. Por eso, a menudo, se sienta en su lugar favorito, las hoces, o pasea por el puente de San Pablo, para meditar y dejar la mente en blanco, buscando un regocijo que Grisel agradece mucho. En estos momentos de soledad, piensa en su patria, y en lo que ésta tiene que cambiar, "en otros países hay un sistema de oportunidades que no hay en Cuba". Por eso, lo que tiene claro es que, de momento, no piensa volver.

Se encuentra muy a gusto aquí. Afirma no haberse sentido nunca discriminada, aunque quizá, señala, "es porque soy blanca y rubia". Pero sí conoce el fenómeno, no en vano trabaja como educadora social en ACCEM (Asociación Comisión Católica Española de Migraciones), una ONG que tiene como objetivo facilitar la inserción de inmigrantes y refugiados en la sociedad. De hecho conoce tan bien el drama humano de este colectivo que tiene un proyecto en mente, escribir un libro a través de los testimonios de muchos de los que pasan por el centro. Testimonios terribles que relatan largos viajes en los bajos de un camión, "cruceiros" en patera por el atlántico y otras historias terroríficas. Y todo para que luego se les niegue la oportunidad de prosperar en otro país, una suerte que sí ha tenido Grisel que, desde su posición, pretende concienciar a la gente con el siguiente mensaje: "debemos ver en el prójimo un reflejo de nosotros mismos".

Abderrezak Bendahmane. Argelia. Educador-mediador intercultural.



La historia de Abderrezak se repite constantemente. Con el título de ingeniero de caminos bajo el brazo, aún no ha conseguido ejercer como tal, sino que ha tenido que conformarse con trabajar en cualquier otra actividad para poder sobrevivir en un país que no es el suyo. Como él, muchos extranjeros sobradamente preparados intelectualmente llegan diariamente a España, algo que desconocen los que no ven en el inmigrante más allá del color de su piel.

Abderrezak salió de su pueblo en Argelia buscando completar su formación en Europa con un máster o un doctorado. Primero recaló en Francia pero allí no terminó de encontrarse a sí mismo, con lo que, caprichos del destino, aterrizó en Cuenca siguiendo una oferta de trabajo en un lugar de la geografía española de la que no había tenido noticias hasta ese momento.

Trabajó en la hostelería, donde aprendió a disfrutar los platos típicos de la provincia -"me llamó la atención que una ciudad dentro de un país tuviera sus propias variedades gastronómicas"-, y también estuvo un mes en una empresa de ingenieros que abandonó porque "no me gustaron los pocos derechos que tenía el trabajador". Al final, ha acabado trabajando en la misma ONG que Grisel como mediador intercultural, una actividad que consiste en traducir y transmitir las pautas culturales de nuestro país al grupo de menores de extranjeros que la organización no gubernamental acoge con



CRÓNICAS